

## ODA A MÉXICO

*A Lolita Champsaur, y a los  
demás familiares en aquella tierra,  
inolvidables para mí.*

Fue en la ceñida curva de un relámpago  
donde quedaron a merced del trueno  
los perseguidos pájaros.  
Los límites del mundo se rompieron  
y el cielo fue prolongación del cielo  
como por obra y gracia de un milagro.

México, no hace falta que te nombre  
las causas que te agrandan en mi pecho,  
que te diga lo mucho que te debo  
como español y como hombre.  
Lo que tú hiciste, México, está hecho  
y no hay agua ni arena que lo borre.  
Para que alcance eternidad tu gesto  
salen al mar los ríos españoles,  
crece el rumor de los hispanos vientos  
y se hacen sangre los iberos montes.  
Que nadie intente desterrarte, México,  
de la tierra de España. Que no ronde  
ningún olvido el corazón del pueblo.  
Que te repitan, mientras tengan voces,  
con el latido natural del tiempo,  
los poetas, los pájaros cantores,  
las campanas, los élitros del roble,  
los martillos herreros,  
los arados, las plumas, las canciones...  
Que toda España sin cesar te invoque  
¡oh, eterna flor de la amistad! ¡oh, México!

Yo no te conocía. Hoy te conozco.  
Hoy se pasean todos mis sentidos  
por tu encendido y recto territorio;  
por tus hercúleos hombros  
practico el alpinismo,  
y me sumerjo en tu temible golfo  
de encrespadas aletas y agrios vinos  
para poderte respirar más hondo.

Yo no te conocía. Hoy te conozco  
como conoce la mujer el hijo  
sin haberlo aún parido,  
como el volcán se sabe los contornos  
del planeta y la lluvia los caminos  
del corazón para acabar en grito.

Mas yo de ti conozco, sobre todo,  
el árbol donde pudo con decoro  
rehacer mi hermano —el pájaro proscrito—  
su vida rota y su truncado nido.

¡Oh, México, en el fondo de mis ojos,  
ágil como una gota de rocío,  
como una suave lágrima de oro  
movida en la retina por un hilo!  
¡Oh, México, en mi ánimo, sonoro,  
presidiendo en mi sangre los latidos,  
no se me irá tu estrella por los poros,  
no acabaré de amarte por los siglos!

## *ODA AL PUERTO DE LA CRUZ*

Me siento atado al vértigo sin hilos  
de la palabra nueva,  
atraído  
por ese precipicio  
de la oreja  
que vive siempre atenta a los latidos  
de la tierra.

Me embarco con el sueño que acelera  
y que, a veces, se sale del camino  
en la veloz carrera  
por alcanzar un tiempo aún no vivido.

Veo el valor escrito  
en la mojada arena  
de una playa futura, y me decido  
a manejar un río  
de atrevidas ideas.

Con elásticas riendas,  
yo dirijo  
un escuadrón de alientos perseguidos,  
y un cabalgar de estrellas  
que aún no tienen sentido.

Un puerto es siempre un puerto, y yo me abrigo  
con su amistad abierta  
para cruzar el mar de las tinieblas  
y descubrir un sol desconocido.

Oh Puerto de la Cruz, en la isla hermana  
de Tenerife,  
hermana de esta mía llamada Gran Canaria,  
el frío no es posible  
con la vida que hierve en tu arteria volcánica.

Nádiste entre las llamas  
de la gigante y cósmica pelea  
de las aguas  
y el viento, y eres voz desatada  
a flor de estrella,  
al par que parturienta  
de humanas alboradas.

Oh Puerto de la Cruz, no se hallan libres  
tus pupilas de nada:  
recogieron los cielos más punibles,  
las horas más amargas,  
los recodos más grises.  
(Por eso te vestiste  
con el color del luto, y aún tienes enlutada  
la piel de la esperanza,  
enemigo de todos los potingues,  
de todas las jugadas  
que puedan embarcarte en imposible  
empresa, y en manada.)

Pero también existen  
en tus ojos azules, retratadas,  
las escenas felices  
de unos tiempos que aún cantan las campanas,  
la alegría volcada  
de todos tus jardines  
que llegan hasta el mar en oleadas.

Oh Puerto de la Cruz, de alegres luces,  
tú también has volado, y ahora vuelas  
con la fiebre hotelera  
que jamás te consume,  
turística y portuense hasta la médula.

Mas sobre toda cumbre,  
 eres siempre el destello genial de aquellas viejas  
 glorias inolvidables que en tus brazos nacieran  
 y que, sin duda, te hacen mil veces más ilustre.

Pienso en el profesor que tuve, entre otras cosas  
 cargadas de fortuna,  
 en la primera luna  
 —cuando todo eran sombras  
 y presencias oscuras—  
 y que me entró el demonio de la literatura,  
 la palabra preciosa  
 de la pluma  
 por la cerrada boca  
 de la fe, siendo una criatura,  
 una flor que se hartaba de estar sola.  
 (No he podido olvidar a Agustín Espinosa  
 que en Puerto de la Cruz tuvo su cuna.)

Y pienso en los Iriarte que todavía suben,  
 y que son ya montañas  
 en la gran cordillera de la cultura en marcha,  
 y que florecen sin cesar con lumbres  
 de fábula  
 en surcos de gramática.

Y pienso en Bethencourt, de ingenio múltiple,  
 el ingeniero que ingenió palancas  
 para elevar un astro entre las nubes.

Y en un Luis de la Cruz, con carta blanca  
 para ordeñar las ubres  
 del color, en un campo de miradas.

Y en Luis Rodríguez Figueroa, con alas  
 de arcángel, describiendo los cielos más azules  
 al borde de una orilla insospechada.

Y en los Pérez Trujillo, con un habla  
 a punto de medir las multitudes.

Oh Puerto de la Cruz, de sorpresa en sorpresa,  
 no habrá quién te triture  
 jamás el corazón entre dos piedras,  
 el pájaro de cuenta  
 que la verdad descubre  
 en el espeso bosque de la lengua.

(Al diablo le seduce  
la idea  
de echarte a la cuneta  
en el último cruce,  
ya que no ha conseguido, a la primera  
de cambio, verte a cuestas  
de la muerte, atarte a un lunes  
o a un viernes de la pena.)

Oh Puerto de la Cruz, tu sangre acude  
a la llamada de la paz que cuelga  
del árbol de las nuevas juventudes.  
Oh Puerto de la Cruz, negro de cruces,  
tendrás que hacer tu cruz de otra madera  
mientras el frío y el dolor te busquen.

Veo en ti el despertar de otro planeta,  
la sed que se traduce  
en venturosas velas,  
el sueño que se sale de los túneles  
para llenar de vida las arenas  
y el callao, las flores sin perfume  
de la tierra.

Veo en ti la paloma mensajera  
que nos trae noticias del futuro.  
y que nos da la vuelta  
para ver el milagro del diluvio  
donde todos los vértigos se besan.

Veo en ti la palabra que quisiera  
despeñarse en un léxico de humo.  
Veo en ti el despertar de otras maneras  
para encender un aire siempre mudo.  
Veo en ti los minutos  
que me separan de la vida nueva,  
con el parto del fruto  
de una hasta ahora ausente primavera.

Oh Puerto de la Cruz, yo te saludo  
con la canción mejor que me desvela,

y decido hacer público,  
levantándote a pulso  
por encima de todas las cabezas,  
el último clamor de mi conciencia  
—(mi canto tiene un número,  
una marcada fecha,  
un vencimiento único  
en la más protestada de las letras—):  
Eres la libertad, la flor del mundo  
entre otras flores que hablan de mi tierra.

AGUSTÍN MILLARES SALL